Las Bodas de D.ª Sancha

GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

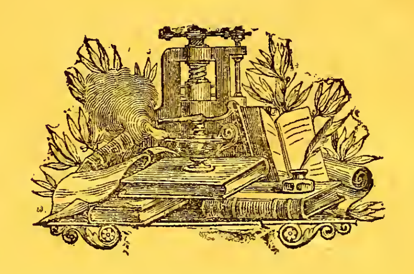
DEL TEATRO

ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL

Y DEL ESTRANGERO,

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid:

LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

CATALOGO *de las comedias que contiene esta Galería.*

Marcela, ó ¿á cuál de las tres?
Un tercero en discordia
Un novio para la niña.
Otro diablo predicador.
Me voy de Madrid.
La redaccion de un periódico.
Las improvisaciones.
Una de tantas.
Muérete y verás.
El amigo mártir.
Todo es farsa en este mundo.
D. Fernando el emplazado.
Medidas estraordinarias.
El poeta y la beneficiada.
Ella es él.
El pró y el contra.
El hombre gordo.
Flaquezas ministeriales.
El hombre pacífico.
El que dirán.
Un dia de campo.
El novio y el concierto.
No ganamos para sustos.
Bellido Dolfos.
¡Una vieja!
El pelo de la dehesa.
Lances de carnaval.
Pruebas de amor conyugal.
El cuarto de hora.
La ponchada.
El plan de un drama.
Dios los cria y ellos se juntan.
Cuentas atrasadas.
Mi secretario y yo.
¡Qué hombre tan amable!
Los hijos de Eduardo.
Engañar con la verdad.
Los primeros amores.
A la zorra candilazo.
El amante prestado.
Un paseo á Bedlan.
Mi tio el jorobado.
La familia del boticario.
El segundo año.
La loca fingida.
No mas muchachos.
Mi empleo y mi muger.
La primera leccion de amor.
Lo vivo y lo pintado.
La pluma prodigiosa.
La Batelera de Pasages.
La mansion del crimen.
La escuela de las casadas.
El Editor responsable.
¡Estaba de Dios!
Blanca de Borbon.
Carlos II el hechizado.
Rosmunda.
D. Alvaro de Luna.
El entremetido.

Rodrigo.
Carlos V en Ajofrin.
Cuidado con las novias.
Un monarca y su privado.
El dia mas feliz de la vida.
El vigilante.
La escuela de los viejos.
El vaso de agua.
Un casamiento sin amor.
Matilde.
D. Trifon.
Masaniello.
Atrás!
Guzman el bueno.
El amigo en candelero.
El Trovador.
El page.
El rey monje.
Magdalena.
El bastardo.
Samuel.
Dandolo.
El encubierto de Valencia.
Batilde ó América libre.
Margarita de Borgoña.
La pandilla.
D. Juan de Marana.
Calígula.
Zaida.
Juan de Suavia.
El caballero leal.
El premio del vencedor.
Gabriel.
Las bodas de Doña Sancha.
Los amantes de Teruel.
Doña Mencia.
La redoma encantada.
La visionaria.
Los polvos de la madre Celestina.
El amo criado.
Ernesto.
El barbero de Sevilla.
Alfonso el Casto.
Primero yo.
El abuelito.
El Bachiller Mendárias.
Macias.
No mas mostrador.
Roberto Dillon.
Felipe.
Un desafio.
Arte de conspirar.
Partir á tiempo.
Tu amor ó la muerte.
D. Juan de Austria.
D. Alvaro, ó la fuerza del sino.
Tanto vales cuanto tienes.
Solaces de un prisionero.
La morisca de Alajuár.
El crisol de la lealtad.

El desengaño en un sueño
Mas vale llegar á tiempo.
Ganar perdiendo.
Cada cual con su razon.
Lealtad de una muger.
El zapatero y el rey 1.ª pa
Apoteosis de Calderon.
El zapatero y el rey, 2.ª pa
El eco del torrente.
Los dos vireyes.
La corte del Buen-Retiro.
Bárbara Blomberg.
D. Jaime el conquistador.
Higuamota.
La aurora de Colon.
El conde D. Julian.
Cerdan, justicia de Aragon
Contigo pan y cebolla.
Tal para cual.
Las costumbres de antaño.
El jugador.
Del mal el menos.
Toros y cañas.
Quien mas pone pierde mas
Rivera.
El rigor de las desdichas.
Las simpatías.
El diablo cojuelo.
Las ventas de Cárdenas.
Dos validos.
La tumba salvada.
El Tasso.
Acertar errando.
Hacerse amar con peluca.
Shakespeare enamorado.
Máscara reconciliadora.
El testamento.
El gastrónomo sin dinero.
Miguel y Cristina.
La vuelta de Estanislao.
Las capas.
Un ministro!!!
Quiero ser cómico.
El ambicioso.
Marino Faliero.
El marido de mi muger.
Jacobo II.
El rey se divierte.
La muger de un artista.
La segunda dama duende.
Un alma de artista.
Una ausencia.
Mateo.
Amor de madre.
El honor español.
La sociedad de los trece.
Los perros del monte de sa
Bernardo.
El héroe por fuerza.
Bruno el tejedor.

LAS BODAS DE DOÑA SANCHA.

DRAMA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

Don Antonio García Gutierrez.



MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

Mayo de 1843.

PERSONAS.

DOÑA SANCHA, *infanta de Leon.*
DON GARCÍA, *conde de Castilla, de edad de 13 años.*
DON FERNANDO, *hijo segundo de don Sancho el mayor, rey de Navarra.*
DON RODRIGO VELA, *conde de Vela.*
DON ÍÑIGO, *su hermano.*
FERRAN, *capitan leonés.*
JIMENA, *dueña al servicio de doña Sancha.*
PEDRO CORTACABEZAS, *bandido.*
DIEGO.

CORTESANOS, SOLDADOS, PUEBLO, CABALLEROS CASTELLANOS Y LEONESES.

La escena pasa en Leon: la accion empieza en la tarde del 12 de Mayo de 1028, y concluye en la madrugada del siguiente dia.



Acto primero.

El teatro representa una larga galería del alcázar de los reyes de Leon. Hácia el fondo, un gran balcon que da á una plaza: puertas á uno y otro lado. Al levantarse el telon está llena la galería de caballeros, y con especialidad se verán muchos que estan asomados al balcon.

ESCENA PRIMERA.

DIEGO. FERRAN. CABALLEROS.

DIEGO. Miradlo: los leoneses
con júbilo manifiestan
el deseo con que al noble
esposo de Sancha esperan.
Don García de Castilla
es para nosotros prenda
de union y paz: la alianza
de la cristiandad se estrecha.

FERRAN. Ya era tiempo: y asi solo
en cruda incansable guerra
lanzaremos al infiel
á sus calientes arenas.
De otro modo, dividida
en bandos toda esta tierra,
mal á las fuerzas del moro
puede oponer resistencia.
Castilla y Leon unidas
tremolarán sus banderas
en Córdoba.

me veis reducido á nada.

FERRAN. Largo tiempo, noche y dia
te he buscado con afan.

PEDRO. Y si vivís, capitan,
por cierto no es culpa mia.

FERRAN. Era una vida de perro.

PEDRO. ¿Mala os parece? á mí no.

FERRAN. ¡Ya! va en gustos.

PEDRO. Es que yo
tengo el corazon de hierro.

FERRAN. Sin embargo...

PEDRO. Si se trata
de honradez, no es cosa justa,
lo sé; pero á mí me gusta
andar á salto de mata.
Y aunque sé que me denigro
diré la verdad de lleno...
á mí me gusta lo ageno
y me enamora el peligro.
Ser yo hombre honrado..., ¡ya es obra!
y por postre, ¡voto á quién...!
¡capitan! no duermo bien
si no duermo con zozobra.

FERRAN. Eres un malvado...

PEDRO. Estoy
en eso.

FERRAN. Acaso el mayor
que encierra el mundo.

PEDRO. Señor...
yo sé muy bien lo que soy.
Todo corazon se inflama
con la gloria...

FERRAN. No me da pena
la tuya.

PEDRO. Pues mala ó buena
cada uno tiene su fama.

FERRAN. Haz que otra nueva te den
ya que eres valiente, Pedro.

PEDRO. Ya os he dicho que no medro
cuando soy hombre de bien.

FERRAN. Sé fiel á tu soberano,
y él premiará...

PEDRO. ¡Bueno á fé!
yo esa pena le ahorraré
cobrándome por mi mano.

FERRAN. ¡Pedro, á Dios! Veo que estás
impenitente.

PEDRO. Asi soy.

FERRAN. Pero observándote estoy.

PEDRO. Si caigo...

FERRAN. Las pagarás.

(*Los dos se pierden entre la multitud.*)

ESCENA III

RODRIGO. ÍÑIGO.

RODRIGO. ¡Hoy viene! si hoy no logramos
nuestra sangrienta esperanza,
es fuerza que á la venganza
renuncia por siempre hagamos.

IÑIGO. ¿Mas cómo ha de ser?

RODRIGO. La suerte
acaso lo dispondrá
de modo que no será
cosa dificil su muerte.

IÑIGO. ¿No renuncias á ese afan?
¿Ni compasion ni cariño
por inocente y por niño
te inspira?

RODRIGO. ¡Por San Millan!
No hay afrenta ni mancilla
que osado afrontar no deba;
como yo la sangre beba
de los condes de Castilla.
¿No es esa raza insolente
la que moviéndonos guerra,
no nos ha dejado tierra
en que reposar la frente?
Sin patria ya y sin hogar,
errante do quiera voy,
y donde quiera que estoy
su saña me ha de alcanzar.
¡Iñigo...! y luego ese niño

cuya tímida inocencia
te inspira tanta clemencia
y despierta tu cariño,
á robarme una esperaza
viene... No lo sepas, no,
pero sabe, en fin, que yo
no renuncio á mi venganza.

ÍÑIGO. Yo tambien te ayudaré,
que aunque tu afan no me cuadre
los agravios de mi padre,
Rodrigo, nunca olvidé.

RODRIGO. Observa si viene.
(*Íñigo va al balcon.*)

ESCENA IV.

RODRIGO. FERRAN, sale de entre los grupos.

RODRIGO. ¿Qué hay?

FERRAN. Si el aviso no mintió
que esta mañana ha traido
á la infanta un corredor...

RODRIGO. ¿Qué dijo?

FERRAN. Que junto al Ezla
ayer noche le dejó.

RODRIGO. En ese caso, ya debe
estar cerca de Leon.
Ferran, y vos, ¿qué opinais
de esta boda?

FERRAN. ¡Voto á brios!
Opino que está bien hecho.
¿No pensais asi?

RODRIGO. Yo no.

FERRAN. Y para que asi os disguste
¿teneis alguna razon?

RODRIGO. Muchas.

FERRAN. Veamos.

RODRIGO. La infanta
ya raya en los veinte y dos,
y don García...

FERRAN. ¡Qué diablos!
alguno ha de ser mayor.

RODRIGO. Concedo; pero lo justo
es que ese sea el varon,
y mas cuando empuña un cetro.
¿No pensais asi?

FERRAN. Yo no.

RODRIGO. ¡Que siempre ha de ser contraria
en todo nuestra opinion!

FERRAN. Sin duda que es simpatía.

RODRIGO. Es vuestro carácter.

FERRAN. No...
es que á falta de mandoble,
me gusta la oposicion.

RODRIGO. Es decir, que en este asunto
pensais en contra ó en pro,
segun...

FERRAN. ¡Segun...! muy bien dicho.
Opino al reves que vos.

RODRIGO. Yo opino mal.

FERRAN. Y yo bien.

RODRIGO. En un precipicio atroz
Castilla va á despeñarse.

FERRAN. Pues por la misma razon.

RODRIGO. La cristiandad, su caida
sentirá tal vez.

FERRAN. ¿Pues no?

RODRIGO. Y se ensañará la guerra.

FERRAN. ¿Y bueno? tanto mejor.

RODRIGO. A no saber que sois noble,
cristiano y buen español,
dijera...

FERRAN. No dirais nada
en donde os escuche yo.

RODRIGO. De vuestras palabras puede
deducirse...

FERRAN. ¿Qué? ¿que soy
partidario de la guerra?

RODRIGO. Mas sin causa ni ocasion...

FERRAN. ¿Que no hay causa? mientras pisen
esos hijos de Astarot
el suelo de nuestra España,
aun el descanso es baldon.

RODRIGO. No es posible, dividida

la cristiandad...

FERRAN. Sí, ¡voto á brios!
¡dividida! en eso solo
de acuerdo con vos estoy.
Hay cristiano, tan infame,
que con intento feroz,
al moro presta su brazo
contra su patria y su Dios.

RODRIGO. ¡Ferran!

FERRAN. ¿No es cierto?

RODRIGO. Quien venga
un ultrage...

FERRAN. Es un traidor
si á su misma patria envuelve
en llanto y desolacion.
Decidme, si la vergüenza
os deja... ¿no fuisteis vos
quien llevó sobre Castilla
las falanges de Almanzor?

RODRIGO. Sois atrevido.

FERRAN. Está dicho.
Si quereis satisfaccion...

RODRIGO. Muy bien pudiera exigirla.

FERRAN. ¿Acaso os la niego yo?

RODRIGO. Pero conozco que os ciega
como á muchos ese error,
y os lo perdono.

FERRAN. ¡Mil gracias!
Mil gracias por el perdon.
Mas si alguna vez quisiereis
que os lo repita...

RODRIGO. No, no...
Ferran, yo soy vuestro amigo.

FERRAN. (Dejarle será mejor.)

(*Don Rodrigo se esconde entre la multitud.*)

¡A Dios, buen conde don Vela;
lleva contigo el baldon
de mis palabras, infame,
hijo de padre traidor!
¿Vas á acechar por ventura
alguna nueva ocasion
de completar tu venganza,

de refrescar tu rencor?
¿Aun no saciado de sangre,
acudes, tigre feroz,
á fascinar á tu víctima
con tus ojos de escorpion?
Tu hipócrita continente
á mí no me engaña, no,
que estoy leyendo en tu alma
claramente la traicion.

ESCENA V.

DICHOS. PEDRO CORTACABEZAS.

PEDRO. ¡Aqui el capitan!
(*Quiere evitar su encuentro, y Ferran le detiene.*)
FERRAN. Espera,
Pedro.
PEDRO. ¿Qué mandais?
FERRAN. Te dije
una palabra que exige
esplicacion.
PEDRO. ¡Bueno fuera!
¡Para qué!
FERRAN. ¡Por Belcebú!
PEDRO. Y es ello...
FERRAN. Porque te asombre,
sabe que he encontrado un hombre
aun mas infame que tú.
PEDRO. ¡Ba! ¡No es posible! Este dedo
apuesto...
FERRAN. Perder recela
tu fama.
PEDRO. ¿Es Rodrigo Vela?
FERRAN. Ese mismo.
PEDRO. Os lo concedo.

ESCENA VI.

DICHOS. DOÑA SANCHA. DON FERNANDO. PAGES y CABALLEROS que acompañan á la infanta.

SANCHA. ¡Infante! mi esposo llega
hoy mismo...

FERNANDO. Harto lo sé ya.
SANCHA. Y el amor solo se da
á quien la mano se entrega.
De estos tristes amoríos,
ya que por desdicha os pierdo,
no quede en vos un recuerdo:
olvidemos desvaríos.
FERNANDO. Señora, muy bien lo sé,
mas no se lanza al olvido
facilmente á la que ha sido
señora de nuestra fé.
No puede mi corazon
desarraigar de su seno
este terrible veneno
de peligrosa pasion.
Sancha, ¿cómo he de poder
arrancarle sin la vida?
¿Quién sí os ha amado os olvida?
SANCHA. Sin embargo, esto ha de ser.
FERNANDO. ¡No, Sancha! Vuestro rigor,
cuando querais castigar
mi afecto, no ha de apagar
ni un átomo de mi amor.
Mandadme que de mi labio,
pues vuestro desden me aleja
de vos, no se oiga una queja,
ya que con mi fé os agravio.
Y pues lo quieren los cielos,
añadid la crueldad
al desprecio, y aumentad
la ponzoña de mis celos.
SANCHA. No, don Fernando; si os pido
que de este amor desistais,
si os imploro que pongais
esta memoria en olvido,
no es desprecio ni rigor,
es que mi boda se apresta,
y en ocasion tan funesta
tengo miedo á vuestro amor.
¡Por vuestra dicha y la mia
respetad lo que los cielos
ordenan...! No tengais celos

del buen conde don García.

FERNANDO. ¡Señora! es una esperanza.

SANCHA. Mirad bien que me agraviais.
Tened cuenta no perdais
con eso mi confianza.

FERNANDO. Perdonad.

SANCHA. Delirios tales,
si en otras almas cupieron,
nunca en las almas nacieron
de mugeres principales.
Y si es su respeto ley
que el noble debe acatar,
mejor le ha de reclamar
la que es hermana de un rey.

FERNANDO. Perdon mil veces, señora.

SANCHA. Basta ya, infante.

FERNANDO. Este error
hijo ha sido del amor
con que mi pecho os adora.

SANCHA. Cuando os quereis disculpar
en vuestra falta insistís.

FERNANDO. Eso estriba en que me oís
con tedio.

SANCHA. ¿Hay tal delirar?
En fin, no me hableis de amores.

FERNANDO. Es fuerza.

SANCHA. Me enojaré.

FERNANDO. Con tal que oigais, sufriré
gustoso vuestros rigores.

SANCHA. Será preciso mostrar
á un atrevido...

FERNANDO. ¡Lo veo...!
me odiais.

SANCHA. (¡Es vano deseo!
No he de poderme mofar.)

FERNANDO. No mas con ese rigor
correspondais al que os ama.

SANCHA. Eso delirio se llama,
don Fernando, que no amor.

(En este momento, se oye á lo lejos vocería y repique de campanas. Se nota movimiento en los que estan asomados á los balcones del fondo.)

¿Oís? Ya viene mi esposo:
haced que vuestro semblante
no os venda, señor infante,
y destruya mi reposo.

FERNANDO. ¡Id, señora! No temais
que se revele en mis ojos
la causa de mis enojos.

SANCHA. Asi solo me obligais.

FERNANDO. Si la desesperacion
me combate, si no sé
vencerla, yo la ahogaré
ahogando mi corazon.
Id, y en perpetuas delicias
goceis, señora, mil años,
sin mis tristes desengaños,
sin mis amantes caricias.
Mas permitidme, primero
que lejos de vos me ausente,
veros...

SANCHA. No, no lo consiente
mi obligacion.

FERNANDO. ¿Nada espero?

SANCHA. Nada.

ESCENA VII.

DICHOS. FERRAN.

FERRAN. Señora, ya llega
á las puertas de Leon
vuestro esposo.

SANCHA. (El corazon
de angustia y dolor se anega.)
¿Viene el conde con salud?

FERRAN. Viene alegre, suspirando
por veros, y rebosando
de hermosura y juventud.

SANCHA. Decid...

FERRAN. Su noble presencia
brilla entre la pompa ufana
de su corte castellana,
por su gracia y su inocencia.

RODRIGO. ¿Tanta gente le acompaña?

FERRAN. Sí.

RODRIGO. ¿Por ventura en Leon
recela alguna traicion?

FERRAN. ¡Psch! No fuera cosa estraña.

SANCHA. El conde nada recela
que aqui nuestra fé corrompa,
pero conviene á su pompa
esa ostentacion, don Vela.

FERRAN. ¿Señora, no hemos de ir
á su encuentro?

SANCHA. Decís bien.
(Ya espero verle tambien.)
Salgámosle á recibir.

FERNANDO. Esperad, que él viene.

FERRAN. Él es.

ESCENA VIII.

DICHOS. DON GARCÍA, y muchos caballeros castellanos y leoneses, que se colocarán detras de sus respectivos señores. Don Rodrigo Vela estará entre los leoneses, asi como su hermano don Íñigo. Don García, con estrema vivacidad, se adelanta hácia doña Sancha y la besa una mano.

SANCHA. ¡Conde y señor!

GARCIA. ¡Bella infanta!

SANCHA. (Gallarda presencia tiene.)

GARCIA. (Bellísima es doña Sancha.)
Perdonadme si turbado
no puedo encontrar palabras
con que espresaros la dulce
satisfaccion de mi alma.
Nuevas de vuestra hermosura
me dieron, pero aunque tantas
y tan grandes, sois mas bella
que cuanto dice la fama.

SANCHA. Galan venís de Castilla,
don García.

GARCIA. Esa estremada
modestia que en vuestro rostro
con vivo carmin resalta,

ese amoroso rubor
con que oís mis alabanzas,
si no es la mayor, no es
la menor de vuestras gracias.

FERRAN. ¿Qué os ha parecido el novio,
infante?

FERNANDO. ¡Pesie á mi alma!

FERRAN. Decid.

FERNANDO. Que como él no hay nadie
que merezca á doña Sancha.

GARCIA. ¿Son estos los caballeros
de Leon?

SANCHA. Y de muy altas
gerarquías.

GARCIA. ¿Quién es ese
cuya presencia bizarra
entre todos se distingue
por su continente y gala?

SANCHA. Don Fernando, el noble infante,
hijo del rey de Navarra.

GARCIA. Perdonad mi inadvertencia,
que es hija de mi ignorancia.
¿Daréisme la mano?

FERNANDO. Sí;
y con ella toda el alma.

GARCIA. Quiero ser muy vuestro amigo.

RODRIGO. En nosotros no repara.

IÑIGO. Ó disimula sin duda.

GARCIA. Los demas que os acompañan...

SANCHA. Son hidalgos de Leon,
y deudos de nuestra casa.

GARCIA. Habrá grandes nombres.

SANCHA. Muchos
se ilustraron con las armas
y son el terror del moro:
Manriques, Mendozas, Laras...

(*Don García va recorriendo con la vista el grupo de caballeros leoneses, hasta que repara en Íñigo y Rodrigo Vela.*)

GARCIA. ¡Cielo santo!

SANCHA. ¡Qué os espanta!

GARCIA. ¡Nada, señora! Seguid...

Laras, Mendozas... prosapias
ilustres, que no han manchado
ni la traicion ni la infamia.

FERRAN. (Los ha conocido.)

RODRIGO. (¡Cielos!
si otra afrenta me prepara...)

SANCHA. ¿Qué decís?

GARCIA. Que entre esos hombres,
cuya perdurable fama
es honor de vuestros reinos,
dos traidores se recatan.

SANCHA. ¡Señor!

GARCIA. Oprobio y afrenta
de la lealtad castellana,
contra el pendon de Jesus
osaron blandir las armas.
¿Cómo es que en Leon, de tantos
hidalgos valientes patria,
los traidores se cobijan
y á los rebeldes se ampara?

FERRAN. Bien dicho, conde.

SANCHA. ¡Silencio!

RODRIGO. Señor, si hubo un tiempo... (¡Oh rabia!)

GARCIA. Apartad.

RODRIGO. Dejad que bese
con humildad vuestras plantas,
y que os jure...

GARCIA. Ni promesas
ni juramentos me bastan.
Con hechos purificad
vuestra nobleza manchada,
y entonces tendrá un lugar
para vosotros mi alma.

SANCHA. ¡Entrad, señor!

GARCIA. Decís bien,
de reposo tengo falta;
y mas cuando he de partir
á Oviedo...

SANCHA. ¿Cuándo?

GARCIA. Mañana. (*Vanse.*)

ESCENA IX.

ÍÑIGO. RODRIGO.

IÑIGO. Mañana se parte á Oviedo.
¿Qué dices?

RODRIGO. Que la jornada
será mas larga que piensa.
¡Mañana, nuestra venganza!

FIN DEL ACTO PRIMERO.



Acto segundo.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

FERRAN. DIEGO.

FERRAN. Todo reposa en palacio,
y es bien entrada la noche.
Colocad los centinelas.
DIEGO. ¿Pondré guardas en la torre?
FERRAN. En todas partes.
DIEGO. ¿Temeis
por ventura algun desorden?
FERRAN. No, Diego; pero me dan
mala espina esos traidores...
DIEGO. ¿Quiénes?
FERRAN. Los condes de Vela.
DIEGO. El diablo lleve á esos condes.
FERRAN. Amén, y aun no lograran
purificar sus tizones
las maldades que se encierran
en el pecho de esos hombres.
DIEGO. ¿Habeis notado tal vez...
FERRAN. Nada; pero está en el orden,
por si viniesen mal dadas,
que yo mis medidas tome.
DIEGO. Es muy justo.
FERRAN. Por las calles
cercanas, hareis que ronden

:

los que no esten ocupados
en el servicio: ya lo oye.

DIEGO. Voy al instante.

ESCENA II.

FERRAN.

FERRAN. Serán
injustas mis presunciones,
mas no tengo confianza
en esas almas de Herodes.
Y si imaginan alguna
traicion, yo haré que zozobre.
¡Voto va! ya andarán listos
si descuidado me cogen.
Si yo por dicha me hallara
en el pellejo del conde
don García, si tuviera,
como él las tiene, razones
para colgar de una horca
por los pies á esos bribones,
lléveme el diablo, si no
les apretaba el cogote.
¡Qué! ¿tanto se perderá
con que á los Velas ahorquen?
¿Y han de vivir en Leon
para mengua de otros nobles?
Quiera Dios que se deslicen
de modo... ¿y qué haria entonces?
¿Quién soy yo? ¿Con qué razon
me quejo yo de esos hombres?
Es que la traicion me irrita,
y si pudiera á mandobles
componerlo, los haria
de buena gana gigote.
¡Oh! pero son dos gallinas
que ni valen que me enoje
da esta manera. Ellos vienen...
Quisiera... Dios me perdone.

ESCENA III.

DICHO. RODRIGO. ÍÑIGO.

RODRIGO. ¿A dónde va, capitan?
FERRAN. A tomar mis precauciones
en la guardia de palacio.
RODRIGO. Pues qué, ¿tanto miedo corre?
FERRAN. El miedo no ha entrado nunca
aqui.
RODRIGO. ¿Acaso es de bronce
vuestro corazon?
FERRAN. No tal,
mas juro á los doce apóstoles...
RODRIGO. No jure.
FERRAN. (¡Cristiano está!)
Pues voto á Judas...
RODRIGO. No vote.
FERRAN. ¿Es pecado?
RODRIGO. Sí.
FERRAN. No tal,
pues que juro á vuestro nombre.
IÑIGO. ¿Cómo puedes tolerar...
RODRIGO. Déjale que desahogue
su encono: sin duda está
mal con su existencia el pobre.
FERRAN. Pues como digo, á tomar
prontas providencias voy
para mas seguridad.
¿Hago bien?
RODRIGO. Está en el orden.
¿Y qué hareis?
FERRAN. Entre otras cosas,
desde que fueren las doce
nadie entrará en el alcázar
sin que mi permiso logre.
RODRIGO. Es bien hecho.
FERRAN. Con el alba
luego á salir se dispone
don García, y si hay alguno
que en la esperanza se goce
de verle solo, renuncie,

que he de guardarle hasta entonces.

RODRIGO. ¿Quién ha de querer...?

FERRAN. No sé.
No hablo con vos.

RODRIGO. Se supone.

FERRAN. Con que ¡á Dios! (Bueno será
que ese trabajo se ahorren.)

ESCENA IV.

RODRIGO. ÍÑIGO.

RODRIGO. Este Ferran puede bien
estorbarnos...

IÑIGO. Y que ya
sospecha...

RODRIGO. Y procurará
nuestra perdicion tambien.

IÑIGO. ¿Qué haremos de él?

RODRIGO. Nada.

IÑIGO. ¡Nada!

RODRIGO. Íñigo, solo desprecio
puede inspirarme ese necio.

IÑIGO. Pero es valiente, y su espada...

RODRIGO. ¡Ba! será buena en la lid;
hierro á hierro vencerá,
pero de nada valdrá
contra la astucia y ardid.

IÑIGO. Bueno será sin embargo,
y me parece prudente,
que armas busquemos y gente...

RODRIGO. De todo me haré yo cargo.
Mira; ¿conoces tal vez
á aquel hombre?
(*Señalando á la izquierda.*)

IÑIGO. No.

RODRIGO. La fama
de sus hechos se derrama
por toda España.

IÑIGO. ¡Pardiez!
Grandes sin duda serán.

RODRIGO. Eso sí.

ÍÑIGO. ¿Y es caballero?
RODRIGO. No pica tan alto; pero...
es un bravo perillan.
Bien hay quien maldice de él;
mas su renombre le escuda,
y sus hazañas.
ÍÑIGO. Sin duda
será terror del infiel.
RODRIGO. ¡Qué! No.
ÍÑIGO. De tales proezas
congeturarlo debí.
¿Quién es?
RODRIGO. Un bandido. Aqui
le llaman Cortacabezas.
¿No piensas que ese bribon
nos puede ser útil?
ÍÑIGO. Creo
que tu insensato deseo
nos lleva á la perdicion.
RODRIGO. ¡Íñigo!
ÍÑIGO. Nunca el destino
me haga tan vil ó tan necio,
que ponga una vida á precio
en manos de un asesino.
RODRIGO. Mas Pedro sabrá callar.
ÍÑIGO. Y aunque refrene su lengua,
Rodrigo, ¿no será mengua
en tratos con él entrar?
RODRIGO. Lo exige nuestra esperanza.
ÍÑIGO. Llámale si quieres; sea,
pero sin que yo le vea.
(*Rodrigo hace una seña.*)
RODRIGO. ¿Te aterra nuestra venganza?
Tente. (*Viendo que Íñigo quiere irse.*)
ÍÑIGO. El momento fatal
de su muerte ansioso espero;
mas yo presenciar no quiero
ese contrato infernal.
Ahi le tienes.

ESCENA V.

DICHOS. PEDRO.

PEDRO. ¡Guárdeos Dios!
¿Me llamabais? (*A don Íñigo.*)
IÑIGO. ¿Yo? ¡Maldito!
para nada os necesito. (*Vase.*)
PEDRO. Tanto mejor para vos.
RODRIGO. Pedro, yo soy quien te llamo.
PEDRO. ¡Don Rodrigo!
RODRIGO. ¿Cómo es eso?
¿Tú en palacio?
PEDRO. Ya profeso
nueva religion, mi amo.
RODRIGO. ¿Cómo...?
PEDRO. Esclavo de la ley
y súbdito humilde soy.
RODRIGO. ¿Por qué milagro?
PEDRO. Es que voy
á Córdoba con el rey.
RODRIGO. Pero dime: ¿y á qué fin
te pretendes sujetar...?
PEDRO. Es que me lleva á lidiar
no la fé, sino el botin.
RODRIGO. Es que la sangre te ahoga.
PEDRO. Si nos medimos los dos,
cuántos mejores que vos
se han colgado de una soga.
RODRIGO. Ese lenguaje no es lícito.
Hablemos sin reticencia.
PEDRO. Por Cristo y en mi conciencia
no puedo ser mas esplícito.
RODRIGO. Con que ahora...
PEDRO. No os lo niego,
hombre de bien voy á ser.
RODRIGO. ¿Y si yo te he menester?
PEDRO. Lo dejaré para luego.
RODRIGO. Me librarás de una pena;
pero es un crimen horrible.
PEDRO. Siendo de vos, no es creible
que pueda ser cosa buena.

RODRIGO. ¿Y si el delito es muy grande?
PEDRO. ¿Qué me importa? A fé de Pedro...
RODRIGO. Piensa...
PEDRO. Por nada me arredro.
Con tal que lo pague, mande.
RODRIGO. No hallarás tan gran tesoro
en Córdoba, como aqui
te puedo dar.
PEDRO. Siendo asi,
dejemos que viva el moro.
De todos modos, no es tal
mi saña...
RODRIGO. Y aunque lo fuese.
PEDRO. Mate moros quien quisiere,
que á mí no me han hecho mal.
RODRIGO. Contra la ira, paciencia.
PEDRO. ¡Vaya! os estoy obligado
de que me hayais descargado
de ese peso la conciencia.
Soy vuestro.
RODRIGO. Bien: de esa suerte,
nos entenderemos.
PEDRO. Sea.
¿Qué es lo que el conde desea,
algun rapto?
RODRIGO. No: una muerte.
PEDRO. En buen hora. ¿Es hombre fiero?
RODRIGO. No tal; pero llevará
gente tal vez.
PEDRO. Bien está.
Las condiciones espero.
RODRIGO. ¿Qué dices?
PEDRO. Entre los dos...
RODRIGO. Esplícate.
PEDRO. ¡Por San Pablo...!
Sin reticencias os hablo:
no tengo confianza en vos.
RODRIGO. Pues tal recelo en tí labra,
puedo tambien si te doy
el premio, dudar...
PEDRO. Yo soy
esclavo de mi palabra.

RODRIGO. ¿Y yo?

PEDRO. Suponed que muero.

RODRIGO. Dóilo por supuesto.

PEDRO. Bien:
si llega ese caso, ¿quién
os reclamará el dinero?
Tomarlo podeis á enojo,
señor, pero aqui no encaja,
y mi gente no trabaja
sin tener la plata al ojo.

RODRIGO. Bien: irás á mi posada,
y el oro recibirás.

PEDRO. Hasta luego.

RODRIGO. ¿Faltarás?

PEDRO. Mi palabra está ya dada.

ESCENA VI.

RODRIGO.

¡Fortuna, no me abandones!
Hoy mismo ha de perecer
el conde, ó yo he de perder
mis soñadas ilusiones.
¡Oh! no es sola la venganza
la que asi mi encono escita;
es una pasion maldita
que abrigo sin esperanza.
Un tormento que los cielos
en mi corazon guardaron,
y con rabia emponzoñaron,
y atormentaron con celos.
¡Sancha! si no he de poder
poseerte, si esta horrible
pasion el muro invencible
encuentra de tu deber,
si no halla en tu corazon
mi despecho algun lugar,
nadie logrará alcanzar
tu envidiada posesion.

ESCENA VII.

RODRIGO. DON FERNANDO.

FERNANDO. ¿Sois, vos, conde? ¿á qué venís,
cuando sabeis que enojado
el conde...
RODRIGO. Aun está acostado.
FERNANDO. Os engañais.
RODRIGO. ¿Qué decís?
Quizá á marchar se dispone.
FERNANDO. Hasta el alba no.
RODRIGO. (Respiro.)
FERNANDO. ¿Ó quereis, que no me admiro,
que os escuche y os perdone?
RODRIGO. Conmigo enojado está
de suerte, que no me atrevo
á verle: ademas, no debo,
pues agraviado estoy ya.
FERNANDO. Yo pienso que mal su grado
tan duramente os habló.
RODRIGO. Puede ser, mas me ultrajó.
FERNANDO. Es niño.
RODRIGO. Estoy agraviado.
FERNANDO. Si persistís de esa suerte
en vuestro terrible encono,
por su clemencia no abono.
RODRIGO. Qué podrá, ¿darme la muerte?
FERNANDO. ¿Es poco?
RODRIGO. No tengo miedo
á su cólera.
FERNANDO. Mañana
con su gente castellana
ha de partir para Oviedo.
RODRIGO. Esperándole está el rey.
FERNANDO. Y que le pida no dudo
vuestra vida á don Bermudo.
RODRIGO. Fuera traicion.
FERNANDO. Fuera ley.
Con doña Sancha, su alteza
muy en breve casará,
y en el dote incluirá

sin duda vuestra cabeza.

RODRIGO. (Si antes la suya no cae.)

FERNANDO. Yo tambien el mismo dia
me ausento.

RODRIGO. ¡Por vida mia!

FERNANDO. Nada en Leon me distrae.
¿Querreis conmigo venir?

RODRIGO. ¿A Navarra?

FERNANDO. Adonde esteis
en paz, y el miedo ahuyenteis
que no os es dado encubrir.
Ademas que allí se goza,
y en espantosas campañas
siempre abordan sus montañas
los moros de Zaragoza.
Allí, do jamas en calma
duerme la saña enemiga,
hay para el cuerpo fatiga
y descanso para el alma.
La soledad de los montes,
Rodrigo, voy á buscar,
y en sus cumbres á ensanchar
los estrechos horizontes.

RODRIGO. ¿Tan irresistible pena
os combate?

FERNANDO. ¿Qué os diré?

RODRIGO. La causa...

FERNANDO. Ni aun yo la sé.

RODRIGO. ¿Algun amor que encadena
vuestro deseo os desgarra
por ventura el corazon?
Estos los encantos son
que os llaman desde Navarra.

FERNANDO. ¿Quién sabe? pero aqui viene
la infanta: vais á escitar
su enojo si...

RODRIGO. Disipar
sus sospechas me conviene.

ESCENA VIII.

DICHOS. DOÑA SANCHA.

SANCHA. Os buscaba, don Rodrigo.
FERNANDO. Señora... (*En accion de retirarse.*)
SANCHA. No ós vayais, que juzgo
que es útil vuestra presencia.
RODRIGO. (¿Qué me querrá? estoy confuso.)
SANCHA. Ya sabeis, conde de Vela,
que de mi mano dispuso
en favor de don García
el noble rey don Bermudo.
Rebelde contra su padre
don Gonzalo, ya difunto,
auxilio disteis al moro
con escándalo del mundo;
y devastando á Castilla
con sangre y fuego, en confuso
temor pusisteis sus pueblos
desde Gormaz hasta Burgos.
Vos mismo á mi noble esposo
en vuestro rencor profundo
hicisteis guerra, Rodrigo:
ni os acrimino ni os culpo.
Mas no se dirá que Leon
de patria os sirve y escudo
mientras lleveis en el pecho
vuestros rencores injustos.
Partid esta misma noche;
yo os daré guarda y seguro
para que nadie os detenga.
RODRIGO. Señora...
SANCHA. Partid al punto.
RODRIGO. Antes escuchadme.
SANCHA. Hablad.
RODRIGO. (Si á disculparme no acudo
es perdida mi esperanza.
¡Calla y humíllate, orgullo!)
Sancha, si en vano mi ya
sospechada fé disculpo,
si inútilmente las causas

de mi estrañamiento escuso,
no se dirá por lo menos
que cuando mi lealtad pudo
disipar esas sospechas
esta ocasion disimulo.
Contra el conde don Gonzalo
en desatado tumulto
se levantaron mis gentes;
¡horrible accion que repugno!
Mas, señora, si esta fué
la causa de mi infortunio,
ni yo la traicion fragüé
ni autoricé tal insulto.
Los pechos insoportables
que el conde Gonzalo impuso
para la guerra de Córdoba
escitaron su disgusto.
Los hidalgos quebrantaron
el ya insoportable yugo,
y arrastrado con su ejemplo,
rompióle tambien el vulgo.
El conde entonces, creyendo
que con intento perjuro
mis vasallos escitaba
contra su poder augusto,
proclamándome traidor,
injustamente tradujo
mi inaccion por deslealtad,
mi flaqueza por perjurio.
Perseguido por los nobles,
á cuyo fatal influjo
mejor que al noble Gonzalo
mis desdichas atribuyo,
pasé á Córdoba, y alli...
alli solamente pudo
desarrollar mi venganza
sus temerarios impulsos.
Verme lejos de mi patria
en abandono profundo,
buscando en agena tierra
el lugar de mi sepulcro,
de esto solo puedo ser

delincuente: yo me acuso
el primero, pero fué
de una ingratitud el fruto.
Y si es cierto que á Gonzalo
juré venganza iracundo,
don García es inocente;
al menos, tal lo presumo.
Yo que su venida ansiaba
porque estos hondos disturbios
cesasen...

SANCHA. ¿Es cierto, conde?

RODRIGO. Por mi conciencia os lo juro.

SANCHA. No haya mas: yo de mi esposo
por el pasado disgusto,
juzgué que mejor sería
vuestra ausencia de estos muros.
Mas si quereis que os reciba
en su gracia, yo mi influjo
interpondré, y os prometo
tal vez en breve su indulto.

RODRIGO. Hacedlo asi.

SANCHA. Volved luego,
don Rodrigo.

RODRIGO. Antes de mucho
vendré por una esperanza.

SANCHA. Que será fiel os anuncio.

ESCENA IX.

DOÑA SANCHA. DON FERNANDO.

SANCHA. ¿Y vos, no os vais?

FERNANDO. Con el alba,
antes que su moribundo
esplendor bañe la tierra,
para siempre de vos huyo.

SANCHA. Sí... sí... partid.

FERNANDO. Pero es fuerza
que antes os vea.

SANCHA. Presumo
que delirais. (¡Cuán en vano
mis tormentos disimulo!)

FERNANDO. ¡Señora! ¿de mi respeto
podeis dudar?
SANCHA. Yo no dudo,
y el mio me basta á mí
sin que me valga del suyo.
FERNANDO. Si es asi, ¿por qué temeis
escucharme?
SANCHA. Si os escucho,
Fernando, ofendo á mi esposo,
tal vez nuestra paz destruyo.
Y ese niño, cuya guarda
bajo mi encomienda puso
el cielo, y que es ya mi esposo...
FERNANDO. Mucho le amais.
SANCHA. ¡Oh! sí, ¡mucho!
FERNANDO. Y es justo, Sancha; de hoy mas
á la esperanza renuncio
de este amor, pues que ya el vuestro
para idolatrarle es suyo.
Mas separarnos asi
bajo el doloroso influjo
de estos celos, que me abrasan
en el corazon ocultos...
SANCHA. ¡Jamas! aprended de mí:
mirad cómo yo sojuzgo
mi corazon.

ESCENA X.

DICHOS. JIMENA.

JIMENA. Don García
os busca.
SANCHA. Idos, don Fernando.
FERNANDO. ¡A Dios! jamas importuno
os aquejaré: á Navarra
mañana me restituyo.
SANCHA. A Dios, don Fernando.
FERNANDO. (¡No!
he de verla.)
SANCHA. (A Dios le plugo.)
FERNANDO. ¿Querrás, Jimena, escucharme

esta noche?

JIMENA. ¿Y á qué asunto?

FERNANDO. Ahora no es posible: acude
á la ventana del cubo,
y te esplicaré... (*Vase por la izquierda.*)

JIMENA. ¡Bien, bien!

GARCIA. Perdonad si os interrumpo.

ESCENA XI.

DICHOS. DON GARCÍA.

SANCHA. ¡Interrumpirme, señor!

GARCIA. ¿Estaba el infante aqui?

SANCHA. (¡Si sospechará su amor...!)

GARCIA. ¿No me contestais?

SANCHA. ¡Ah! sí...
(El cielo me dé favor.)
A despedirse venia.

GARCIA. ¿Cómo? ¿es posible?

SANCHA. Se ausenta
apenas alumbre el dia.

GARCIA. Sin duda conmigo intenta
venir. Se lo estimaria.
Mas volviendo á vos, esposa,
ya que apenas de esos ojos
disfruto la luz preciosa
y voy á llorar enojos
en ausencia dolorosa,
permitid que un breve instante
os ocupe.

SANCHA. Obligacion
es esa de fiel amante.

GARCIA. Permitidme, y no os espante,
que aproveche esta ocasion...

SANCHA. Hablad. (¿Qué querrá decir?)

GARCIA. ¿Sois contenta por ventura,
señora, de compartir
para siempre mi ternura?
¿no lo anhelais resistir?

SANCHA. ¿Qué causa teneis...?

GARCIA. No os digo

que tenga razon alguna,
mas fué tan dura conmigo
la inexorable fortuna,
y el cielo tan mi enemigo,
que ya que en vos vislumbré
una celeste esperanza
que vivifica mi fé,
mi eterna desconfianza
entre tinieblas la ve.
Os amé: mas si esta llama
que mi corazon inflama
no arde, doña Sancha, en vos...

SANCHA. De que vuestra esposa os ama
pongo por testigo á Dios.

GARCIA. Gracias, doña Sancha; asi
ensanchais mi corazon:
gracias pues, que á vos debí
esa dulce compasion...
compasion, señora, sí.
Me veis solo y desdichado
y en vuestra noble bondad
cabida mi amor ha hallado,
que no cabe desagrado
en tan completa beldad.
Y pues te logro piadosa,
y me complaces clemente,
mi dulce, mi amada esposa,
tu mirada cariñosa
mi cobarde afan aliente.
Niño sin madre quedé,
y ya sin mi triste padre
que mi solo amparo fué,
mi amor te consagraré
como á esposa y como á madre.
Serás el sol esplendente
que ilumine mi razon,
y que borre de mi frente
esta pena tan ardiente
de triste fascinacion.

SANCHA. Sí, bien dices: yo seré
con amorosa paciencia
tu amor, tu amparo y tu fé,

y angel tuyo velaré
los sueños de tu inocencia.
Y esa cándida ternura
que abriga tu corazon,
no seré yo quien perjura
la manche con la amargura
de otra insensata ilusion.
Tu cariño ahuyentará
las tormentas de mi alma,
y allá, mas tarde, quizá
á mi pecho volverá
mi dulce perdida calma.

GARCIA. ¿No eres feliz?

SANCHA. ¡Ah, señor!

GARCIA. ¡Sancha¡ ¿Quieres afligirme?

SANCHA. No merezco tanto amor.

GARCIA. ¡Y qué! ¿no puedes decirme
la causa de tu dolor?
Cuando dos almas queridas
el cielo tal vez adorna
con un mismo amor heridas,
para ellas no hay pena alguna
ni tristezas escondidas.
Porque no hay mayor placer
como, esclavo en la cadena
que nos tiende una muger,
adorarla, y padecer
haciendo propias sus penas.

SANCHA. Harto de amor entendeis
para vuestra corta edad.

GARCIA. Es mucho que lo estrañeis,
vos, que tambien comprendeis
el dolor de la horfandad.
Esta solitaria pena,
agena de dicha y calma,
y de venturas agena;
esta soledad que llena
de activa pasion el alma.
Este afan reconcentrado
en el sublime secreto
de un corazon desgraciado
que gime en él agobiado,

sin esperanza ni objeto.
¡Ay! mas si logra encontrar
quien dé calma á su dolor
y á su esperanza lugar,
¿quién, dime, quién sabe amar
con tan sublime fervor?

SANCHA. Puesto que tan grande es
tu afecto, probarlo espero.

GARCIA. ¿Qué dices?

SANCHA. Tengo interes...

GARCIA. Cuanto soy, solo lo quiero
para ponerlo á tus pies.

SANCHA. Perdóname si te obligo
á olvidar ciegas pasiones...

GARCIA. ¿Quieres hablar de Rodrigo?

SANCHA. Si valgo para contigo
te ruego que le perdones.

GARCIA. Si sus errores abjura,
dile que venga. Mi anhelo
únicamente procura
cubrir con eterno velo
su traicion ó su locura.

SANCHA. Sin embargo, no sabré
aconsejarte que ciego
te confies en su fé.

GARCIA. Que no confie: ¿por qué?
á su conciencia me entrego.
Será mi amigo y valido,
que con tanta intercesion
interesarme ha podido.
Más fieles amigos son
los que enemigos han sido.

SANCHA. Pero...

GARCIA. No te he de escuchar,
si en su favor no me pides.
¿Cuándo...?

SANCHA. Luego ha de llegar:
tal vez aguarda. ¿Decides
verle?

GARCIA. Sí, déjale entrar.

(*Vase doña Sancha.*)

ESCENA XII.

DON GARCÍA.

¡Qué, en vano, corazon mio,
con peligrosa altivez
el dardo arrancar pretendes
de tu sospecha cruel!
Pero es posible que abrigue
la intencion... no puede ser
que la venganza se cubra
con tan infame doblez.
¡Él, que en sus brazos me tuvo
en el sacramento santo,
que paso á paso ha seguido
las huellas de mi niñez!
¡Es imposible! es un crimen
pensarlo.—Pero tambien,
si á mi sospecha atiendo,
vuelve mi duda otra vez.
¿Quién fué quien unido al moro
asoló mis tierras? fué
Rodrigo Vela, traidor
á su patria y á su ley.
Él fué quien de mi Castilla
rasgó el seno.—Verdad es
que ofendido de mi padre...
Mas yo lo remediaré.
Tierras, vasallos, castillos,
todo eso y mas le daré,
mas que venga como bueno,
como leal á mis pies.
La corona de Castilla
ciñe desde ahora mi sien...
que venga, y doble la frente
en presencia de su rey.

ESCENA XIII.

DON GARCÍA. RODRIGO, *que entra sin ser visto.*

RODRIGO. ¡Señor! (*De rodillas.*)

GARCIA. ¡Ah! ¿quién sois? ¡Rodrigo!
(*Con sobresalto.*)
¡Huid...! ¡apartad!

RODRIGO. ¿Qué haceis?
¿Vuestra alteza me rechaza?
(Su corazon es muy fiel.)

GARCIA. Perdonad, Rodrigo. (*Recobrándose.*)

RODRIGO. ¿Cuál
causa os he dado...

GARCIA. No sé...
no sé... perdonad... (vergüenza
tengo de mí, ¡voto á quién!)

RODRIGO. Si ya las tristes memorias
no se han borrado tal vez
de otro tiempo...

GARCIA. De ese tiempo,
Rodrigo, ya me olvidé.
No hablemos de eso.

RODRIGO. ¿Es posible?

GARCIA. Decidme qué debo hacer
para que anejos enconos
deis al olvido tambien.

RODRIGO. Darme á besar vuestra mano
cual dueño y señor, y hacer
porque mi noble lealtad
y mi obediencia probeis.

GARCIA. Y ningun rey dará nunca
su confianza y su fé
como yo os la doy, Rodrigo.
En mi corazon no hay hiel.

RODRIGO. ¡Noble señor!

GARCIA. Desde ahora
en mi pecho y en mi grey
os doy el primer lugar.

RODRIGO. Yo lo espero merecer.
Pero dadme vuestra mano
para que conforme á ley
os jure obediencia.

GARCIA. Eso
de otro modo se ha de hacer.
Venid, caballeros.

ESCENA XIV.

DICHOS. FERRAN. DIEGO. CABALLEROS.

GARCIA. Sean
testigos de que mi fiel
vasallo, Rodrigo Vela,
vuelve á mi gracia otra vez,
y que me rinde homenage
de lealtad, como quien
mas á mi afecto lo rinde
que á mi grandeza y poder.
Yo de su adhesion en premio
desde aqui le hago merced
de mis lugares de Atienza,
de Nágera y Peñafiel.

RODRIGO. Y yo obediencia os prometo
y lealtad.

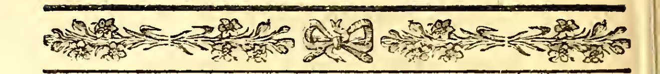
(*Don Rodrigo hinca en tierra una rodilla, y besa á don García la mano. Los caballeros se descubren.*)

FERRAN. ¡Mirad bien!
(*Aparte á Diego.*)
Ese es el beso de Judas.

DIEGO. ¡Ba! ¡Ferran, estais cruel!
¡Cómo es posible...!

FERRAN. Veremos.
Algun dia os lo diré.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



Acto tercero.

El teatro representa un salon de palacio, con cuatro puertas laterales. En el fondo, un balcon. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

JIMENA y DON FERNANDO, que salen por la primera puerta de la derecha.

FERNANDO. ¿Dónde me llevas?
JIMENA. ¡Silencio!
FERNANDO. ¿Hemos llegado?
JIMENA. Pisad
quedo. Ya estamos.
FERNANDO. Y dices
que don García vendrá...
JIMENA. De seguro. Ahora salió
á la iglesia de San Juan,
porque para ver al rey
al alba quiere marchar.
FERNANDO. En ese caso, la infanta...
JIMENA. A despedirle saldrá,
y cuando vuelva...
FERNANDO. ¿Y por qué
antes no?
JIMENA. ¡Sois pertinaz!
Si el conde os halla, si Sancha
de mi llega á sospechar...

FERNANDO. Ten cuenta tú con el conde,
y déjame lo demas;
que si ella no te disculpa,
si no perdona á mi afan
este loco atrevimiento,
no hay en su afecto verdad.

JIMENA. Ved que somos las mugeres
de condicion tan fatal,
que á veces mas nos ofende
lo que nos agrada mas.

FERNANDO. Ella no.

JIMENA. Ved que amor tiene
al conde.

FERNANDO. ¿No le ha de amar?
¿Piensas tú que celos tengo
de mi dichoso rival?
No, si su ventura envidio,
no se la quiero usurpar
ni un solo instante; que gocen
su amor en ventura y paz.
Solo quiero ver á Sancha,
saber que no olvidará
aquellos hermosos dias...

JIMENA. Eso tan solo...

FERNANDO. ¡Es verdad!
Bien dices: yo mismo ignoro
lo que deseo, y es tal
mi confusion, que ya temo
verla.

JIMENA. Sí; mejor será...

FERNANDO. ¿Qué dices?

JIMENA. Que soy tambien
de vuestra opinion.

FERNANDO. ¿De cuál?

JIMENA. No sé... de la que teneis.

FERNANDO. Yo me resuelvo á quedar.

JIMENA. Eso ya lo presumía.
Mas si por arte infernal
sabe que yo...

FERNANDO. No lo temas:
su amor te disculpará.

JIMENA. Sin embargo, que lo ignore

es mejor. Ella es tenaz,
y la temo. Mientras viene,
aqui os podeis ocultar.

(*Señalando á la misma puerta por donde entraron, de la cual quita la llave y la pone sobre una mesa.*)

No sabiendo quién abrió
esa puerta no podrá
sospechar, y si sospecha,
presuncion no es realidad.
Ocultaos.

FERNANDO. ¿Antes con ella
por mi amor no abogarás?
En tí pongo mi esperanza.

JIMENA. En buenas manos está.

(*D. Fernando se esconde y Jimena cierra la puerta.*)

ESCENA II.

JIMENA.

Hice mal en acceder;
pero es tan buen caballero
el infante, que no espero
me llegue á comprometer.
Y á mas de que su respeto
su ardor ha de refrenar,
por ella habrá de ocultar
de esta pasion el secreto;
que si á saberse llegara
este misterio, no dudo,
tal es fiero don Bermudo,
que á su hermana castigara.
(*Acercándose á la ventana.*)
Yo no sé... mas si no ha sido
del miedo ilusion liviana,
se ven desde esta ventana
sombras, y se oye ruido.
Mientras la luna se esconda
no es posible distinguir
qué será, ni discurrir...
quizá será alguna ronda.
¡Unos vienen, y otros van!

¿Se lo diré á mi señora?
¡No...! voy á asustarla. — Ahora
todos inmobles estan.
¡Se ven relumbrar aceros...!
ó es ronda, como decia,
ó serán de don García
los pages y caballeros.
¡Ya dí en ello! y hay razon
y causa de que me espante.
¿Para esperar al infante
tal misterio y prevencion?
¿Acaso en Leon recela
que le puedan ofender?
No sé de quién pueda ser...
si no es de Rodrigo Vela.

ESCENA III.

DOÑA SANCHA. JIMENA.

SANCHA. ¡Jimena!
JIMENA. ¡Cómo! tan presto
levantada.
SANCHA. No he podido
reposar. Mi sueño ha sido
desesperado y funesto.
¿Vino mi esposo?
JIMENA. Aun está
en la iglesia.
SANCHA. ¡Temor ciego!
JIMENA. ¿Volverá á palacio?
SANCHA. Luego
á despedirse vendrá.
JIMENA. ¿Costaros puede un deseo
don García?
SANCHA. ¿Por qué no?
¿Piensas que no le amo yo?
JIMENA. Perdonad si no lo creo.
SANCHA. ¡Tan vano y estéril es
nuestro corazon!
JIMENA. Es nuevo
para mí. No sé qué debo

juzgar de tanto interes.
Habeis olvidado...

SANCHA. ¡Calla!
¡no resucites asi
este ciego frenesí
que por vencerme batalla!
Nunca le olvidé, Jimena;
pero aunque siempre le adore,
no temas que al cielo implore
porque rompa mi cadena.
Solo don García puede
dulcificar mi dolor,
y te juro que á su amor
ni el de don Fernando escede.
Y aunque mas dura violencia,
y mas dolor me costara,
el sacrificio aceptara
en gracia de su inocencia.

JIMENA. ¿Pero no consentireis
en verle?

SANCHA. ¡No...! eso ya fuera
crimen.

JIMENA. ¿Y de esa manera,
señora, os separareis?

SANCHA. ¿Qué puede decirme?

JIMENA. Acaso
su dolor mitigará...

SANCHA. ¡No, Jimena! ¡basta ya...!
harto en mi dolor me abraso.
Y con escuchar su ruego,
con verle ¿qué he de alcanzar,
Jimena, sino irritar
el ya peligroso fuego?

JIMENA. Con lágrimas os lo pido.

SANCHA. ¡Insensato! ¡qué! ¡te habló!

JIMENA. Si me atreviera...

SANCHA. ¡No, no...!
que huya de mí, que me olvide.

JIMENA. Mas si ausentarse promete...

SANCHA. No importa.

JIMENA. No han de saber...

SANCHA. Yo sé cuál es mi deber.

JIMENA. ¡Pobre don Fernando!
SANCHA. ¡Vete!
JIMENA. No fué enojaros mi intento.
SANCHA. Retírate.
JIMENA. (Eso queria.)
SANCHA. Si viniere don García,
me avisarás al momento. (*Vase Jimena.*)

ESCENA IV.

DOÑA SANCHA.

¡Mas me cuestas que pensé,
inclinacion desdichada!
¡Mas no importa...! estoy casada.
(*Don Fernando entreabre la puerta.*)
FERNANDO. No sé si me atreveré.
SANCHA. Calle en mi pecho el dolor,
y muera yo si es preciso,
pues mi desdicha lo quiso.

(*Se oyen voces y tumulto en la plaza. Don Fernando cierra precipitadamente la puerta, y doña Sancha corre azorada á la ventana.*)

FERNANDO. ¿Qué puede ser?
SANCHA. ¡Qué rumor!
Por alli corren veloces
mil sombras. ¡Suceso estraño!
¡Gran Dios! y si no me engaño
son en palacio esas voces.

ESCENA V.

DOÑA SANCHA, y RODRIGO VELA, que sale por la izquierda con la espada desnuda y dando muestra de espanto y agitacion. Doña Sancha retrocede asustada.

SANCHA. ¿Quién se acerca?
RODRIGO. ¡Piedad!
SANCHA. ¡Qué miro!
RODRIGO. ¡Sancha!
señora, por piedad.
SANCHA. ¡Vos de esa suerte

en mi cámara entrais!

RODRIGO. Ved que me siguen.

SANCHA. ¿Por qué?

RODRIGO. Quieren matarme.

SANCHA. ¿Quién se atreve...

RODRIGO. ¿Dónde me ocultaré? mirad que llegan.

SANCHA. Esperad un instante.

(*Corre á la segunda puerta de la izquierda y la abre.*)

RODRIGO. (¡Horrible suerte!)

SANCHA. (¡Qué espantosa sospecha!)

RODRIGO. ¿Aqui?

SANCHA. Si, conde.

RODRIGO. (¡Oh! si llega á saber...)

SANCHA. Entrad, que vienen.

ESCENA VI.

DOÑA SANCHA, y FERRAN, CABALLEROS y SOLDADOS con armas y luces, que entran precipitadamente por la primera puerta de la izquierda. Al ver sola á la infanta, se detienen manifestando respeto.

SANCHA. ¿Qué es esto caballeros? asi saben
ultrajar los hidalgos leoneses
de noche mi retiro? ¿asi atropellan
el venerado alcázar de sus reyes?

FERRAN. ¡Señora, perdonad! pero si osamos
penetrar hasta aqui, si se consienten
tal desman vuestros nobles caballeros,
no han entrado esta vez como rebeldes.
¿Dónde está don Rodrigo?

SANCHA. No os entiendo.

FERRAN. Dios me confunda si escapó el aleve.

SANCHA. Esplicadme...

FERRAN. ¡Señora!

SANCHA. ¿Por qué causa
toda Leon airada se conmueve?

FERRAN. ¡Llorad, Sancha, llorad!

SANCHA. Vuestras palabras
con fatídico espanto me estremecen.
Acabad por favor.

FERRAN. El noble conde

de Castilla...

SANCHA. ¡Mi esposo! ¡Dios clemente!

FERRAN. Al matador buscamos.

SANCHA. ¡Don Rodrigo!

FERRAN. ¡Venganza!

SANCHA. ¡Sí, Ferran! y que su muerte,
si es bastante á espiar tanto delito,
la noble sangre de mi esposo vengüe.

FERRAN. ¿Mas dónde está?

SANCHA. ¡No sé! (Dios me dé fuerzas.)

FERRAN. En el palació entró: ¡corred, traedle!
que no haya oculto ni apartado sitio
donde nuestra venganza no penetre.

(*Algunos caballeros y soldados se van, agitando tumultuosamente sus armas.*)

SANCHA. ¡Pero mi esposo...!

FERRAN. ¡Sancha!

SANCHA. ¿Dónde, dónde
su cadáver está? yo quiero verle,
verle otra vez... ¿lo oís?

FERRAN. ¡Qué haceis, señora!

SANCHA. No hay palabras, Ferran, que me consuelen.

FERRAN. Le vereis.

SANCHA. ¿Dónde está?

FERRAN. Traed al conde.
(*A los soldados.*)

SANCHA. (No permitas, rencor, que se rebele
tu impulso vengador): para mí sea
la amargura no mas.

FERRAN. Ya llega: vedle.

ESCENA VII.

LOS MISMOS y SOLDADOS, que traen en un lecho de campaña el cadáver de DON GARCÍA cubierto con un paño. DOÑA SANCHA se arrodilla delante de él, y descubriéndole el rostro le besa en la frente.

SANCHA. ¡Don García! ¡Señor...! ¡Era posible
que tales fieras sin piedad hubiese,
que viéndote tan niño, se cebasen
en esa vida inofensiva y débil!

¡Oh! ¡pídeme justicia! Dame aliento
para vengar tu desdichada muerte.
¿Quieres que en sangre del infame conde
se bañe mi morada? ¿Di, lo quieres?

(*Se levanta: los soldados se llevan el cadáver por la puerta segunda de la derecha.*)

¡No, yo no puedo nada! mas si alguno
matarle logra ó á mis pies traerle,
si es de sangre real, tendrá mi mano;
si es vasallo no mas, cuanto pidiere.
Mis joyas, mis tesoros, cuanto el hombre
en su ciega ambicion anhelar puede,
todo lo alcanzará. ¡Corred!

FERRAN. ¡Partamos!
Donde quiera que esté, démosle muerte.

ESCENA VIII.

DOÑA SANCHA. RODRIGO VELA, *que sale con precaucion.*

RODRIGO. ¿Fuéronse ya?
SANCHA. Sí, conde.
RODRIGO. ¡Sancha, Sancha...!
si vuelven otra vez...
SANCHA. ¿Y qué? Si vuelven,
quien una vez con vos fué generosa,
sabrá libraros y ampararos siempre.
RODRIGO. ¿Mas cómo podré huir?
SANCHA. No es imposible;
mas primero, llegad.

(*Se dirige á la puerta por donde entraron á don García. Rodrigo, antes de entrar por ella, retrocede como receloso.*)

RODRIGO. ¡Sancha!
SANCHA. ¿Qué temes?
RODRIGO. ¡Oh! ¡Tiemblo...! dice bien.
SANCHA. Venid, Rodrigo.
RODRIGO. (Este frio misterio me estremece.)
SANCHA. ¡No se ha engañado el tigre! ya olfatea
la derramada sangre con deleite.
No te engañaste: el desdichado mártir...
RODRIGO. ¡Don García!
SANCHA. Ahi está.

RODRIGO. (¡Maldita suerte!)
SANCHA. ¡Ven á brindarle tu lealtad, infame!
¿Y tú eres noble y castellano? ¡Mientes!
¿Y te abriga Leon? ¡No, que tu ejemplo
contagiará á los buenos...! ¡Vete! ¡vete!
RODRIGO. Maldecidme; insultadme: mi delito
mayor castigo con razon merece;
¡mas si supiérais, Sancha... si la causa
de tan ciega maldad saber pudieseis...!
SANCHA. ¿Qué escusa podeis dar á tanta infamia?
RODRIGO. Señora, una pasion loca, vehemente,
que no cabe en mi pecho.
SANCHA. ¡Basta, basta!
No querais con mas crimen ofenderme.
Venenoso reptil que por el lodo
arrastras tu existencia, ¿asi te atreves
á levantar tu orgullo, hasta el sagrado
invulnerable trono de tus reyes?
¡Tú, miserable, tú! y aunque no baste
mi noble condicion á contenerte,
¿quién piensas tú que abrigará en su seno
el ponzoñoso amor de una serpiente?
RODRIGO. Oidme, no insulteis desapiadada
al que vive por vos y por vos muere.
SANCHA. Huid, Rodrigo.
(*Señalando á la puerta por donde entró don Fernando y entregándole la llave.*)
RODRIGO. No, si antes no logro
el perdon de mi crimen.
SANCHA. No lo esperes.
¡Jamas! esta memoria dolorosa
aqui en mi corazon vivirá siempre.
Huid.
RODRIGO. Sed generosa.
SANCHA. Harto lo he sido.
RODRIGO. Tened de mí piedad.
SANCHA. Hareis que os deje. (*Vase.*)

ESCENA IX.

RODRIGO.

¡Huir...! sí, sí, es preciso. El nuevo dia

va á amanecer.—Salvémonos. ¿Qué siente
mi corazon helado? Las memorias
de esta noche infernal me desvanecen.
¡Esos gritos! ¡me buscan...! odio y sangre
respiran esas voces. Ya no pueden
alcanzarme; ¡insensatos! Esta puerta...

FERNANDO. Está guardada.

RODRIGO. ¡Cielos! ¿quién se atreve...?

ESCENA X.

DON FERNANDO. RODRIGO.

FERNANDO. ¿No me esperabais?

RODRIGO. No á fé.

FERNANDO. ¡Atrás!

RODRIGO. ¡Pese á mi furor!
Abridme paso, señor;
hacedlo, ó vive Dios...

FERNANDO. ¿Qué? (*Con calma.*)

RODRIGO. Yo no quisiera ofenderos...

FERNANDO. Vuestra precaucion es sabia.

RODRIGO. Mas ved que escitais mi rabia.

FERNANDO. No sé si debo entenderos.
¿Vos, Rodrigo, osais hablar
de ese modo? ¿Os atreveis...

RODRIGO. ¡Quién sabe!

FERNANDO. Vos no sabeis
reñir, sino asesinar.

RODRIGO. No hagais de valor alarde.

FERNANDO. ¡No! Solo os sabré decir,
que habeis aqui de morir
de valiente ó de cobarde.
¡Riñamos ya, vive Dios!

RODRIGO. No es posible.

FERNANDO. De otra suerte,
habré de daros la muerte
como sabeis darla vos.
Mirad, por aqui podeis
escapar; no hay otra puerta.

RODRIGO. Dejadme, infante.

FERNANDO. Está abierta...
pasadla si os atreveis.

Mas ved que os lo estorbo yo
á defenderla arrestado,
que si ella os ha perdonado,
Rodrigo Vela, yo no.

RODRIGO. ¡Perdonar ella! ¡ironía
cruel! satisfecha estaba
de que mi muerte lograba
cuando clemencia fingía.
¡Y yo con vergüenza y mengua
la escuchaba, y la crei
piadosa! ¡necio de mí!

FERNANDO. Ten, miserable, la lengua.
Alma mezquina y villana,
en tu miserable ser,
tú no puedes comprender
su clemencia soberana.
Yo vine aqui con intento,
que amor todo lo atropella,
de ver á Sancha; pero ella
ignora mi atrevimiento.

RODRIGO. ¡Vos la amabais!

FERNANDO. Sí, Rodrigo.

RODRIGO. Y dueño de este secreto
no temeis...

FERNANDO. ¡No! yo prometo
que no ha de salir contigo.

RODRIGO. ¡Oh! ¡malhaya mi destino!

FERNANDO. Defiéndete.

RODRIGO. Es desacato;
no.

FERNANDO. Defiéndete, ó te mato
cual mereces, asesino.

RODRIGO. Pues bien; ¿lo quereis asi...?

(*Riñen, y don Rodrigo, arrojándose furioso sobre don Fernando, gana terreno hasta hallarse cerca de la puerta.*)

FERNANDO. ¿Inspira valor el miedo?
¡Pese á mi furia...!

(*Cae don Rodrigo dentro, á tiempo que iba ganando la salida.*)

RODRIGO. No puedo...
no puedo mas... ¡ay de mí!

ESCENA XI.

D. FERNANDO. D.ª SANCHA. Luego CABALLEROS y SOLDADOS.

SANCHA. ¿Qué es esto?
FERNANDO. Vengada estais.
SANCHA. ¡Don Fernando!
FERNANDO. Hasta aqui entré...
SANCHA. Fué ciega accion.
FERNANDO. Ya lo sé;
mas sé que me perdonais.
¡Entrad, señores, entrad!
Cumplióse vuestra esperanza
dando al infante venganza.
FERRAN. ¡Rodrigo Vela...!
FERNANDO. Mirad.
SANCHA. ¡Muerto!
FERNANDO. Muerto por mi mano,
señora, y mi dicha es esa,
pues oí vuestra promesa,
que espero no será en vano.
SANCHA. ¿Qué decís?
FERNANDO. Sangre real
sabeis que en mis venas corre.
SANCHA. Sí; mas dejad que se borre
este recuerdo fatal.
Dejad que amante tributo
de lágrimas le conceda,
hasta que del alma pueda
lanzar el amargo luto.
FERNANDO. Yo tambien le llevaré.
SANCHA. Y tú, esposo desdichado,
permite que al que ha vengado
tu muerte, mi mano dé:
que yo te juro, señor,
que á otro ninguno la diera,
si no al que á mis pies pusiera
á tu infame matador.
Tú desde el cielo podrás
disculparme y comprenderme.
A Dios, noble esposo; ¡duerme
tranquilo! vengado estás.

FIN DEL DRAMA.

eto de estado.
as de un coronel.
el Veronés.
de la tempestad.
la improvisada.
no el tapicero.
solterones.
bre mas feo de Francia.
toledana.
ar.
go de una madre.
morias del diablo.
sa con dos puertas.

a bofetones.
n vedado.
ario.
por interés.
me vuelvo.
en padre.
de Bilbao.
ell.
Paulina.
ia de palo.
, viuda y casada.
estante.
ia de Médicis.
llero de industria.
al el leñador.
la de Belle-Isle.
elo.
lico y la huérfana.
to del hambre.
scripto.
ollacion de los inocentes.
s celosos.
micos del rey de Prusia.
dia de Castrò.
mbre de bien.
cajada.

rcto de familia.
ventura de Carlos II.
inera.
cader flamenco.
etario privado.
erna de Alby.
dena.
nobleza.
o Perez y Felipe II.

venga sus agravios.

y cobrar el cetro.
años despues.
el novicio.
os.
nito.
la cieguecita.
itarios.

Ango.
Angelo, tirano de Pádua.
Amor y deber.
A un cobarde otro mayor.
Adel el Zegrí.
Baltasar Cozza.
Catalina Hovar.
Chiton !!!
Doña María de Molina.
Doña Urraca.
Doña Jimena de Ordoñez.
Doña Blanca de Navarra.
Diana de Chivrí.
D. Rodrigo Calderon.
Dos granaderos.
Dos padres para una hija.
Elvira de Albornoz.
El desconfiado.
El hijo predilecto.
Emilia.
El astrólogo de Valladolid.
El pária.
El campanero de san Pablo.
El casamiento nulo.
El afan de figurar.
El peluquero de antaño.
El pobre pretendiente.
El hijo en cuestion.
Está loca !
El dómine consejero.
El compositor y la estrangera.
El duque de Braganza.
El pilluelo de París.
El soprano.
El gondolero.
El castillo de san Alberto.
El ramillete y la carta.
El comodin.
El mulato.
El marido y el amante.
Fray Luis de Leon.
Funcion de boda sin boda.
Garcilaso de la Vega.
Guillelmo Colman.
Hernani.
Hija, esposa y madre.
Intrigar para morir.
Incertidumbre y amor.
Intriga y amor.
Isabel de Babiera.
La vieja del candilejo.
La político-mania.
Mata-muertos y el cruel.
A muerte ó á vida.
La familia de Falkland.
Cain Pirata.
La Judia de Toledo.
Detras de la cruz el diablo.
Retascon.
Simon Bocanegra.

La estrella de oro.
Los cortesanos de D. Juan II.
La ocasion por los cabellos.
Los zelos infundados.
Los amoríos de 1790.
La conjuracion de Fiesco.
La cuarentena.
La pata de cabra.
La gata muger.
Lucrecia Borgia.
Luis onceno.
Los guantes amarillos.
La frontera de Saboya.
Las máscaras negras.
La espada de mi padre.
La cruz de oro.
La hermana del sargento.
Los padres de la novia.
Luisa.
La escalera de mano.
La solterona.
La cuñada.
La hija del avaro.
La hostería de Segura.
Me voy á casar.
María Remond.
Macbet.
No hay mal que por bien no venga.
Ni el tio ni el sobrino.
No siempre el amor es ciego.
Padre é hijo.
Plan-plan.
Pablo el marino.
Roberto D' Artevelde.
Ricardo Darlington.
Sin nombre !
Stradella.
Teodoro.
Toma y daca.
Virtud en la deshonra.
Valeria.
Un poeta y una muger.
Una muger generosa.
Un dia de 1823.
Una y no mas.
Un artista.
Un tio en Indias.
Un liberal.
La familia improvisada.
El hombre misterioso.
Cada cosa en su tiempo.
Los independientes.
Sancho Garcia.
Mi honra por su vida.
El galan duende.
La escuela de los periodistas
Por él y por mí.
Houcria.
Estar en babia.

Esta interesante coleccion comprende cerca de 400 comedias, cuyos autores son:

D. Angel Saavedra, duque de Rivas.
D. Antonio Gil y Zárate.
D. Antonio Garcia Gutierrez.
D. Eugenio de Tapia.
D. Eugenio de Ochoa.
D. Francisco Martinez de la Rosa.
D. Gaspar Fernando Coll.
D. Isidoro Gil.
D. José Zorrilla.
D. José Espronceda.
D. José de Castro y Orozco.
D. José Garcia de Villalta.
D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
D. Manuel Breton de los Herreros.
D. Manuel Eduardo Gorostiza.
D. Mariano José de Larra.
D. Mariano Roca de Togores.
D. Miguel Agustin Príncipe.
D. Patricio de la Escosura.
D. Ramon Navarrete.
D. Tomas Rodriguez Rubí.
D. Ventura de la Vega.

Teatro Moderno Español.

Van publicados 40 tomos. Se venden sueltos á 20 reales.

Teatro Antiguo Español.

Tirso de Molina. Consta de 12 tomos en 8.° marquilla, 160 rs.

Teatro Moderno Estrangero.

Van publicados 24 tomos. Se venden sueltos á 20 rs.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid, librerias de Cuesta, calle Mayor, y de Rios, calle de Carretas, frente á la imprenta Nacional.

En las provincias en los siguientes:

Almería..........	Gonzalez.
Alcoy..............	Marti Roig.
Alicante..........	Champourcin.
Burgos...........	Arnaiz.
Badajoz.........	Viuda de Carrillo.
Barcelona.......	Piferrer.
Bilbao...........	Garcia.
Cadiz..............	Moraleda.
Córdoba..........	Berard.
Coruña............	Perez.
Granada..........	Sanz.
Habana..........	Urban Ramos.
Huesca............	Navarro.
Jaen...............	Orozco.
Jerez..............	Bueno.
Leon...............	Miñon.
Lugo..............	Pujol.
Málaga..........	Aguilar.
Murcia...........	Gisbert.
Oviedo...........	Longoria.
Orense............	Novoa.
Pamplona......	Erasun.
Palencia.........	Santos.
Palma............	Gelabert.
Santander......	Riesgo.
Salamanca......	Oliva.
Sevilla............	Caro Cartaya.
Santiago.........	Rey Romero.
San Sebastian..	Baroja.
Toledo............	Hernandez.
Vitoria...........	Ormilugue.
Valencia.........	Navarro.
Valladolid......	Hijos de Rodriguez.
Zaragoza......	Yagüe.